

# Don Bosco: Un educador profético

RAFAEL ALFARO

«Si se practica en nuestras casas el sistema preventivo, estoy seguro de que se obtendrán maravillosos resultados, sin necesidad de acudir al palo ni a otros castigos violentos. Hace cerca de cuarenta años que trato con la juventud y no recuerdo haber impuesto castigos de ninguna clase, y con la ayuda de Dios he conseguido no sólo el que los alumnos cumplieran con su deber, sino que hicieran sencillamente lo que yo deseaba, y esto de aquellos mismos niños que no daban ninguna esperanza de feliz éxito.»

Juan Bosco  
Del «Sistema Preventivo»

«Familiaridad con los jóvenes, especialmente en el recreo. Sin familiaridad no se demuestra el afecto, y sin esta demostración no puede haber confianza. El que quiere ser amado debe demostrar que ama. Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras enfermedades. ¡He aquí el maestro de la familiaridad! El maestro al cual sólo se ve en la cátedra es maestro y nada más; pero, si participa del

recreo de los jóvenes, se convierte en un hermano. Si a uno se le ve en el púlpito predicando, se dirá que no hace más que cumplir con su deber, pero, si dice en el recreo una buena palabra, es palabra de quien ama. ¡Cuántas conversiones no se debieron a alguna de sus palabras dichas de improviso al oído de un jovencito mientras se divertía! El que sabe que es amado, ama, y el que es amado lo consigue todo, especialmente de los jóvenes. Esta confianza establece como una corriente eléctrica entre jóvenes y superiores. Los corazones se abren y dan a conocer sus necesidades y manifiestan sus defectos. Este amor hace que los superiores puedan soportar las fatigas, los disgustos, las ingratitudes, las molestias, las faltas y las negligencias de los jóvenes. Jesucristo no quebró la caña ya rota ni apagó la mecha humeante. He aquí vuestro modelo.»

De la «Carta de Roma»

## **UNA VIDA PARA LOS JOVENES**

La carta de «Juvenum Patris» del Papa Juan Pablo con motivo del Centenario de la muerte de San Juan Bosco habla ampliamente del mensaje profético de este educador, «educator princeps», como lo llamó Pío XI. «La situación juvenil del mundo actual —al siglo de la muerte del Santo— es muy distinta. Sin embargo, también hoy perduran los mismos interrogantes que el sacerdote Juan Bosco meditaba desde el principio de su ministerio, deseoso de entender y decidido a actuar: ¿quiénes son los jóvenes, qué desean, hacia dónde van, qué es lo que necesitan? Entonces, como hoy, son preguntas difíciles, pero ineludibles, que todo educador debe afrontar» (J.P. 6).

La figura de Don Bosco es muy compleja porque abarca muchos aspectos de uno de los hombres más grandes de la Italia del pasado siglo, por su carácter de sacerdote, educador, fundador, escritor, promotor de vocaciones, catequeta, consejero del Papa, hombre de Iglesia, confesor... Pero, al mismo tiempo, es una figura muy sencilla, de una total transparencia: Juan Bosco es el hombre entregado a los jóvenes. «Hasta mi último aliento será para los jóvenes», «Me basta que seáis jóvenes para amaros», «Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy dispuesto a dar la vi-

da» son expresiones del Santo, indicativas de una verdadera pasión por la juventud. Alguien dirá que son los jóvenes los que han hecho santo a Don Bosco.

Que estaba destinado a los jóvenes lo tenía claro desde el célebre sueño de los nueve años. Sueña que se halla entre una muchedumbre de chiquillos que ríen, juegan y blasfeman. Juan pretende hacerlos callar a puñetazos. Aparece un personaje que lo llama por su nombre y le dice: «No con golpes, sino con dulzura, con amor». También aparece una Señora, la misma que su madre le ha enseñado a saludar tres veces al día. Lo toma de la mano y le hace ver la extraña grey de cabritos, perros, gatos, osos y otros animales feroces. «He aquí tu campo —le dice—. Hazte humilde, fuerte y robusto». Enseguida aquellas fieras se van transformando en mansos corderillos que hacen fiesta en torno al Señor y a la Señora. Juanito rompe a llorar. No entiende de qué se trata. La Señora pone la mano en la cabeza del muchacho y le dice: «A su tiempo lo entenderás todo.» Y despierta.

En breves rasgos vemos: *su vocación* (lo llamó por su nombre), *su misión* («he aquí tu campo»), *su estilo* («No con golpes, sino con amor»), *su Maestra* (la Señora). «Quizás un día llegarás a ser sacerdote», advina mamá Margarita. Don Bosco será un soñador, un vidente al estilo de los profetas bíblicos, el hombre que, a pesar de enormes dificultades, sabrá llevar los sueños a la realidad.

«Si un día llego a ser sacerdote, confiesa un día a su madre, dedicaré toda mi vida a los jóvenes». Es su voz profética. Y una vez sacerdote, su vocación es unidireccional. En un abrir y cerrar de ojos desecha cuanto se le ofrece carente de este sentido. Su lema «Da mihi animas, coétera tolle» excluye tajantemente todo lo accessorio. Es el secreto de los santos. Van a lo esencial. Juan Bosco quiere ser sacerdote y nada más que sacerdote, para entregarse a los jóvenes. Este es su carisma y éste es el mensaje, vivo hoy, a los cien años de su muerte.

## **JOVENES ABANDONADOS**

Juan Bosco es ordenado sacerdote en junio de 1841. Tiene 26 años. Hasta entonces sólo ha conocido la pobreza rural. Ignora la miseria

de los suburbios de la ciudad. Por consejo de su director espiritual, San José Cafasso, queda tres años en el Convictorio de Turín, aprendiendo a ser sacerdote. El mismo José Cafasso le da la lección magistral: «Anda, mira a tu alrededor y actúa».

Y Juan recorre la ciudad. Queda sobrecogido. «Los suburbios eran cinturones, de desolación. Los adolescentes vagabundean por las calles sin trabajo, tristes, dispuestos a lo peor. Se tropezó con muchos jóvenes de todas las edades, que vagaban por las calles y plazas, especialmente en los alrededores de la ciudad, jugando, peleándose, blasfemando y haciendo toda clase de mal». «El barrio vecino a Porta Palazzo era un hormiguero de vendedores ambulantes, limpiabotas, desollinadores, mozos de cuadra, expendedores de folletos, chicos para el mercado, todos pobres muchachos que trampeaban como podían la jornada» (T. Bosco, *Una biografía nueva*).

El mismo Don Bosco recuerda en sus Memorias que los primeros grupos de muchachos con quienes empiezan sus catequesis eran canteros, albañiles, estucadores, adoquinadores y ensoladores, que venían de pueblos muy apartados. Les veía jugándose el dinero por las esquinas de las calles. Si intentaba acercarse a ellos, se alejaban desconfiados y despreciadores. «No, no eran los muchachos de la aldea, escribe Teresio Bosco; eran los «lobos», los animales salvajes de sus sueños, aunque en sus ojos había más miedo que ferocidad».

Los dueños de fábricas y empresas llegan al mercado de jóvenes a contratar a los pequeños obreros y albañiles. Por dos reales les hacen trabajar de doce a dieciséis horas diarias. La vida de los obreros de Turín alcanza por entonces una media de 19 años. Es el pavoroso costo humano de la incipiente revolución industrial: la miseria de innumerables familias hacinadas en las periferias, las masas ingentes de emigrantes que llegan del campo a la ciudad en busca de trabajo y de un sueldo para vivir.

Para esta clase de chicos crea Don Bosco el Oratorio festivo. Es la primera de sus obras, la más importante. Precisamente porque es su modo de seguir la llamada de Cristo. «Si me preguntaran cuál es la principal característica del Santo, el núcleo dinámico de su carisma, respondería sin dudarle un momento que es su donación total a Cristo mediante la iniciativa apostólica del Oratorio».

Providencialmente empieza esta obra el día de la Inmaculada de 1841. La primera piedra es un chico emigrante, Bartolomé Garelli. El chaval acude a la sacristía de San Francisco de Asís, donde Don Bosco va a celebrar la misa. El sacristán lo echa a gritos destemplados. Pero el Santo lo llama, dialoga con él, le pregunta por su nombre, por su oficio, por su familia, por su edad. Le pregunta si sabe rezar, si sabe cantar. No, no sabe nada. Y luego, la pregunta clave: «¿Sabes silbar?» El muchacho se echa a reír. Tiene dieciséis años y no ha hecho la primera comunión. No se atreve a ir al Catecismo porque es un grandullón entre los pequeños que le toman el pelo. Don Bosco se ofrece a darle la primera lección de catequesis. Empiezan con un avemaría.

Al domingo siguiente eran 9; a los tres meses, 25; en el verano, 80; luego... Así empieza Don Bosco su obra, con una catequesis en el primer año de su sacerdocio. Los jóvenes crecerán a su lado. Desde entonces su misión se clarifica. La Providencia le va abriendo el camino. Lo tienen por loco y soñador. Pero él trabaja el presente y sueña el futuro. «Traza una línea desde Valparaíso a Pekín, le dice la Pastorcita en su sueño profético; en torno a esa línea florecerán las casas de tus hijos».

Don Bosco sigue observando la realidad. Muchos de esos jóvenes sin techo duermen bajo los pórticos en grupos. Una tarde de 1847, bajo una lluvia despiadada, llama un joven desesperado a la puerta de Don Bosco: «Por favor, déjeme dormir junto a la lumbre.» Ese mismo año aloja a otros seis en un piso que alquila en Valdocco.

Su madre Margarita es su primera cooperadora. A sus 58 años deja su aldea, su casa y sus nietos para acompañar a su hijo y ser la mamá de los pobres huérfanos del Oratorio. No duda en vender el anillo de su boda, sus pendientes y joyas para el pan de estos huérfanos. Los jóvenes acogidos por Don Bosoco son 36 en 1852; 115 en 1854; 470 en 1860; 600 en 1861; hasta llegar a la cantidad de 800. Después vendrían otros internados en Italia, en América, en Europa, en Asia, en Africa.

Pero estos muchachos necesitaban estudiar y aprender un oficio. El mismo Don Bosco se convierte en el primer maestro de zapatería y encuadernación, de sastrería. Y el Santo es también el primero en bus-

car trabajo para sus jóvenes obreros. En la casa Madre de Turín se conservan los primeros «contratos de trabajo» hechos por el Santo entre los empresarios y los jóvenes. Así empiezan las Escuelas Profesionales de Artes y Oficios, otra de las características peculiares de la Obra de Don Bosco en el mundo.

## **PREVENCION CONTRA REPRESION**

Don Bosco visita las cárceles de Turín. El mismo escribe: «Me horroricé al contemplar aquella cantidad de muchachos, de los 12 a los 18 años, sanos y robustos, de ingenio despierto, que estaban allí ociosos, picados de insectos y faltos de alimento espiritual y material». Sufrían un trato inhumano. Los carceleros les golpeaban brutalmente a la menor falta. «Lo que más me impresionaba, continúa el Santo, era que muchos, al salir, estaban decididos a cambiar de vida, aunque sólo fuera por miedo a la prisión. Pero, al cabo de poco tiempo, terminaban de nuevo allí». Y explicaba las causas: «Por estar abandonados a sí mismos. Estos muchachos, decía para mí, deberían encontrar fuera un amigo que se preocupase de ellos y les atendiese e instruyese en religión durante los días festivos. Entonces no volverían a la cárcel».

Logra Don Bosco hacerse poco a poco amigo de estos muchachos. Célebre es el asombroso acontecimiento de conseguir un paseo para ellos sin ayuda de la policía. Clamoroso el éxito de que todos regresaran después de disfrutar un día de campo. El amor había podido más que la represión.

Estas visitas fueron madurando, hasta hacerla sistema, la vieja máxima de que «es mejor prevenir que curar». Era necesario poner a los jóvenes en la imposibilidad de faltar. El premio ofrece más alicientes que el castigo. El educador ha de hacerse amar más que temer. La prevención es preferible a la represión.

«Dos sistemas —escribe el Santo— se han usado en todos los tiempos para educar a la juventud: el preventivo y el represivo. El represivo consiste en dar a conocer las leyes a los súbditos y vigilar después de conocer a los transgresores y aplicarles el correspondiente casti-

go... Diverso, y diría opuesto, es el *sistema preventivo*. Consiste en dar a conocer las prescripciones y reglamentos de un instituto, y vigilar después de manera que los alumnos tengan sobre sí el ojo solícito del director o de los asistentes, los cuales, como padres amorosos, hablan, sirven de guía en toda circunstancia, dan consejos y corrigen con amabilidad; que es como decir poner a los alumnos en la imposibilidad de faltar. Este sistema excluye pues todo castigo violento y procura alejar aun los suaves».

Este es el estilo de Don Bosco y ésta es su pedagogía, convertida en el «sistema de la bondad». En este sentido llega a afirmar Alberto Caviglia: «En esto consiste la grandeza histórica y conceptual de Don Bosco en la vida de la Iglesia, en que ha dado la formulación definitiva a la pedagogía cristiana... Así, esta pedagogía cristiana, vivida naturalmente siempre en su parte sustancial en la vida cristiana de todos los tiempos, ha encontrado a través de Don Bosco su formulación, que es expresión de la fe de todos y de su propia santidad personal. Las líneas motoras de su *Sistema preventivo* se pueden considerar como una «lección profética» para los tiempos nuevos. De modo que se puede señalar a Don Bosco como un «doctor de la Iglesia» —«Padre y Maestro»— en el arte cristiano de la educación (A. Caviglia, *La pedagogia di Don Bosco*).

## **EDUCAR CON LA PRESENCIA Y LA CONVIVENCIA**

Otro de los hallazgos educativos de Don Bosco es el de la convivencia de los educadores con los jóvenes, como se ha indicado en su idea del *Sistema Preventivo*. En su tiempo vivió el Santo la separación entre maestros y alumnos. La educación consistía en la transmisión de conocimientos indiscutibles, no en la participación de experiencias.

Don Bosco crea un nuevo modo de relación maestro-alumno. Objetivo de los educadores será el de salir al encuentro de los jóvenes, de sus exigencias y necesidades. El Santo crea a su alrededor una atmósfera de simpatía y un clima de intercambio de relaciones de amistad. Sabe sintonizar con los jóvenes. Sabe que para ganarlos hay que estar siempre a su lado.

Todo ello significa que es necesario captar los deseos de los jóvenes convivir con ellos y hacerlos protagonistas de sus iniciativas, estudiar las buenas cualidades y valores de cada uno para hacerles ver que son importantes y que se les quiere. Sobre esta base de confianza mutua será posible conferirles responsabilidades a fin de educar su libertad.

«El director, escribe, debe vivir totalmente consagrado a sus educandos, no aceptar ocupaciones que lo alejen de su cargo; aún más, debe encontrarse siempre con sus alumnos..., a no ser que estén debidamente asistidos por otros. Los alumnos no han de estar nunca solos. Siempre que sea posible, los asistentes han de llegar antes a los sitios donde tengan que reunirse y estar con ellos hasta que vayan otros a sustituirlos en la asistencia. No los dejen nunca desocupados...»

Para educar en alegría y en libertad escribe: «Debe darse a los alumnos amplia libertad para saltar, correr y gritar a su gusto. La gimnasia, la música, la declamación, el teatro, los paseos son medios eficacísimos para conseguir la disciplina y favorecer la moralidad y la salud».

Entrega total al servicio de los jóvenes. He ahí el gran método, la mayor garantía de eficacia y la gran dificultad de un sistema vivido por el Santo que podía recomendar y saber por propia experiencia: «Alguien dirá que esto es difícil en la práctica. Advierto que para los alumnos es bastante más fácil, agradable y ventajoso. Para los educadores encierra, eso sí, algunas dificultades, que disminuirán ciertamente si se entrega por entero a su misión. El educador es una persona consagrada al bien de sus alumnos; por lo que debe estar pronto para soportar cualquier molestia o fatiga».

Una presencia y una convivencia que no se basan en la desconfianza de los jóvenes, sino que han de estar en función de animar sus iniciativas, interpretar sus deseos, condicionar experiencias, penas y alegrías; mezclar la propia vida con la de los jóvenes amigos en una interacción cotidiana para transmitir los valores de una a otra generación. Un verdadero encuentro con la persona para suscitar los mejores ideales humanos hasta crear y dirigir el impulso de una fecunda vida cristiana cuajada en anhelos de santidad. Así vivía y convivía Don Bosco

con sus jóvenes. A su lado se formaron buenos cristianos y buenos ciudadanos, auténticas personalidades, estupendos sacerdotes y precoces santos como Domingo Savio, Miguel Magone, Francisco Besuc-co, Miguel Rua, Pablo Albera, Felipe Rinaldi...

## **LOS TRES PILARES DEL SISTEMA PREVENTIVO**

El Sistema Preventivo, dice Don Bosco, descansa por entero en la *razón*, en la *religión* y en el *amor*. Tres términos que comprenden al hombre en su integridad y que, examinados parcialmente, desbordan a todo educador de cualquier época. Tres elementos que han de ir entrelazados inseparablemente, que se refuerzan y complementan.

La *razón* lleva, en primer lugar, al conocimiento de los jóvenes para entablar con ellos un diálogo personal. Un conocimiento de la condición juvenil para conectar más fácilmente con ellos. «Para reactivar el Sistema Preventivo, escribe recientemente Egidio Virganó, será indispensable no sólo adentrarse en el corazón de cada uno, sino también en la actual «condición juvenil» de hoy, que tiene sus aspiraciones, sus juicios de valor, sus condicionamientos, sus situaciones de vida, sus modelos ambientales, sus tensiones y reivindicaciones, sus propuestas colectivas, etc». «La relación de sintonía, necesaria para su educación, el amar lo que ellos aman, aun sin renunciar a nuestro papel de adultos y educadores» (21 C.G.)

La *razón* guía al educador a comprender a los jóvenes y a emprender con ellos un diálogo abierto. «Se trata de valorar a los jóvenes como personas, valiéndonos de las aportaciones de las ciencias humanas. Don Bosco ve siempre el lado positivo de cada uno de sus muchachos para razonar con ellos sobre los valores del hombre.

La *razón*, porque Don Bosco esperaba de sus jóvenes una respuesta razonable. Una tarde de 1862 se dirige el Santo a sus muchachos en las «buenas noches»: «Hoy, les dice, tengo que comunicaros algo importante: necesito vuestra colaboración en la empresa que más me preocupa, la salvación de vuestra alma. Pero sin vuestra ayuda yo no podré hacer nada. Es preciso que nos pongamos de acuerdo, vosotros conmigo y yo con vosotros. Hemos de tener una sincera amistad y una

verdadera confianza» (MB, VII, p. 504). Estas palabras nos revelan lo que es una educación para la libertad. Don Bosco pide el corazón, la libre adhesión del joven.

En este término de *razón* entra, naturalmente, toda relación con la cultura, en su sentido más amplio o integrador. Don Bosco sabe evangelizar «educando» y sabe educar «evangelizando». «Se coloca dentro del proceso de humanización, sin duda con sentido crítico de sus deficiencias, pero también con una visión globalmente optimista de la maduración humana del joven, convencido de que el Evangelio debe ser sembrado ahí para llevar a los jóvenes a comprometerse en la historia con generosidad. Su pastoral, pues, tiende a ser verdaderamente útil a la construcción de la nueva sociedad; tanto es así que Don Bosco pudo presentar a algún político que no aceptaba una visión de fe su Sistema como un auténtico compromiso humano» (E. Viganó).

*Religión.* Don Bosco está convencido de que la fe es indispensable para la educación integral del hombre. Si quiere evangelizar educando, también quiere educar evangelizando. Si anhela que el joven sea buen ciudadano, exige que también sea buen cristiano. La educación religiosa es primordial en el sistema de Don Bosco. Quiere hacer de los jóvenes hombres de fe, una fe que dé sentido a su vida. En su sistema es imprescindible esa especie de pedagogía de la Penitencia y de la Eucaristía y de un clima eminentemente mariano. Todo ello lleva a una decidida «orientación vocacional» que facilite a cada individuo la conciencia y el propósito de una participación activa y personal en la Iglesia.

El mismo cumplimiento de los deberes era inculcado como espíritu religioso. De ahí su regla de santidad juvenil captada maravillosamente por el muchacho santo, Domingo Savio: «Nosotros hacemos consistir la santidad en cumplir nuestros deberes con alegría». «Conviene tomar nota, escribe E. Viganó: Don Bosco y Domingo Savio no son santos que se han movido dentro del campo de la educación, sino que son santos precisamente porque se comprometieron en este sistema educativo. Su santidad puede ser considerada, pues, como una especie de lección de pedagogía integral, sugerida por el Espíritu Santo».

Y *Amor*. «La educación es cosa del corazón», solía repetir Don Bosco. Su método es el de la bondad erigida en sistema. Amor a los jóvenes, no sólo de palabra, sino de hecho. Fue Don Bosco el hombre más cercano, más simpático y alegre con sus muchachos. Paseaba con ellos, bromeaba con ellos, rezaba, jugaba con ellos. Al final de su vida, en 1884, escribió a sus Salesianos una carta desde Roma recordándoles las líneas esenciales de su pedagogía. Es uno de los escritos más importantes salidos de su pluma, considerado por los pedagogos como la perla de su pedagogía y de su experiencia.

«No basta amar a los jóvenes, dice. Es preciso que éstos se sientan amados». El amor hay que demostrarlo con la dulzura, con la amabilidad. Un amor con todos sus ingredientes de cariño, de afabilidad, de amistad, de simpatía. Creer en el joven, quererlo, convivir con él, estar a gusto a su lado, fiarse de él, perdonarlo siempre, hacerle sentir la alegría de vivir. Todo ello vivido en un clima de familia y de sencillez. Es el medio para que los jóvenes comprendan y quieran libremente el bien que les propone el educador para hacerlos agentes de su propia realización humana y cristiana.

## **DON BOSCO, MEMORIA Y PROFECIA**

«Los santos no envejecen, escribe el Papa Juan Pablo, son siempre los hombres y mujeres del mañana, los hombres del porvenir evangélico de la humanidad y de la Iglesia, los testigos del hombre futuro». Celebrar la memoria de un santo, sobre todo si se conmemora su centenario, es traer a la actualidad su ejemplo paradigmático, como de un hombre vivo de nuestro tiempo. Una praxis que en su época fue profecía de la nuestra, y que ahora es signo de futuro.

Don Bosco es hoy un pedagogo moderno. La misma Bula de su canonización lo define como «el prototipo del educador de la juventud moderna. El ha abierto, con método verdaderamente original, el mejor y más seguro camino en la praxis pedagógica.»

Y el Papa Juan Pablo II, en su reciente documento «*Juvenum Patris*», nos dice: «Estos criterios pedagógicos no se refieren sólo al pasado: la figura de este santo, amigo de los jóvenes, sigue atrayendo con su

hechizo a la juventud de las culturas más diferentes de todas las partes de la tierra. Es cierto que su mensaje requiere aún ser profundizado, adaptado, renovado con inteligencia y valentía, precisamente porque han cambiado los contextos socioculturales, eclesiales y pastorales. Pero la sustancia de su enseñanza permanece; y la peculiaridad de su espíritu, sus intuiciones, su estilo y su carisma no pierden valor, pues se inspiran en la pedagogía trascendente de Dios... En estos difíciles tiempos continúa siendo maestro, proponiendo una educación nueva, al mismo tiempo creativa y fiel».